

á la vista, y enfrente de la novela premiada, se puede demostrar á la docta Corporación que ella misma ignora las reglas que publica, á no ser que haya premiado á sabiendas una obra indigna de ser recomendada por quien aspira á conservar la pureza del idioma.

O ignorancia crasa, ó notoria injusticia.

Escoja la Academia.

En otro país, en Francia por ejemplo, el premio adjudicado al Sr. Suárez Bravo habría sido un escándalo, y el descrédito de los que se atrevieran á entregar tan inmerecido honor y las pesetas adjuntas.

En España, apenas se ha hablado de *Guerra sin cuartel*: no por ser un libro malo, sino por ser un libro.

Yo, aunque humilde crítico, ó lo que sea, he procurado escandalizarme todo lo posible, y me he escandalizado en tres periódicos. Creo que es bastante.

Ahora tiene la palabra cualquiera de ustedes, señores colegas.

Por ejemplo, *El Siglo Futuro*.



## AGUAS FUERTES

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

No diré yo, como cierto crítico, que es más difícil escribir un cuento que una novela, porque esto es relativo, como decía D. Hermógenes I.

Siempre que se habla de las dificultades de un género literario, recuerdo lo que decía Canalejas, mi querido é inolvidable maestro de literatura, á un discípulo que aseguraba, guiándose por la enseñanza de algunos preceptistas, «que el soneto era la composición métrica más difícil.»

—Para mí sí, decía Canalejas, es cosa muy difícil un soneto; tan difícil, que nunca he hecho ninguno; pero lo mismo digo de las demás clases de combinaciones métricas. Mas un poeta verdadero no le entendería á usted eso de la dificultad especial de los sonetos.

Lo mismo sucede con los cuentos y las novelas; no



es más difícil un cuento que una novela, pero tampoco menos; de modo que hay notoria injusticia en considerar inferior el género de las narraciones cortas, en el cual por cierto se han hecho célebres muchos escritores antiguos y modernos, que no hay para qué citar, pues bien conocidos son de todos.

Armando Palacio, entendiéndole así, después de publicar tres novelas seguidas, *El Señorito Octavio*, *María y María*, y *El Idilio de un enfermo*, da ahora un tomo de cuentos y artículos, sin que crea venir á menos por eso. Y hace bien en no creerlo. En *Aguas Fuertes* hay miniaturas que, á encontrarlas en un abanico *El primo Pons*, las hubiera comprado por obra de Watteau á peso de oro.

Hay quien piensa que *Aguas Fuertes* es el mejor libro de Palacio Valdés, que ya los ha escrito muy buenos. Yo distingo. Armando Palacio es un escritor *egotista*, á lo Goethe, que piensa mucho en sí mismo, en su salud de artista, en los progresos de su habilidad y de su talento, y cada libro suyo es, en algún sentido, un adelanto. Por este lado, *Aguas Fuertes* es como las demás obras del autor; acusa un perfeccionamiento. Se ve que ahora es mas dueño de su pluma que nunca lo ha sido el joven colorista; que el pensador discreto, profundo y tranquilo se hace en Palacio más sereno, más profundo, más discreto cada día; que aquella imaginación lozana, vigorosa, jamás inquieta, siempre templada, se fortifica con el estudio, la atención y el esmero. Se ve

además en *Aguas Fuertes* que Palacio, aunque éntre de buen grado en la tendencia general de lo que se llama el naturalismo literario, no quiere que le metan en las filas por no tropezar á derecha é izquierda con los codos de cualquier recluta. Es naturalista, pero no de línea; es un guerrillero realista. Dejadle á él solo, y ya veréis si sabe ganar batallas, hoy en el monte, mañana en la ciudad, y hasta por mar lo mismo que por tierra.

Dice Flaubert á Jorge Sand, en una de sus cartas: ¿qué es el arte? ¿qué es la belleza? Aquel muro del Partenon que hay á la izquierda saliendo, desnudo, grande, etc., etc. Lo mismo opina Palacio; el arte para él es una cosa muy sencilla, un lienzo de pared... pero del Partenon. Cada día busca el autor de *El Pájaro en la nieve* cuadros más sencillos, asuntos más concretos; y anuncio de lo que serán *José*, novela marítima que prepara, y las obras sucesivas, puede encontrarse en los cuentos ó novelas cortas de *Aguas Fuertes*. Los hay que son modelo de sencillez poética, idilios urbanos que, en efecto, son lo mejor que ha escrito Palacio Valdés. *Lloviendo*, que copió *La Epoca* con muy acertada elección, parece nada, y es una poesía en prosa digna del mejor poeta. Aquel beso de azar en aquella mano de azahares, es el beso más delicado, más poético que se ha dado en letras de molde, de mucho tiempo á esta parte... *Los Puritanos* es una narración también indefinible en su encanto; es todo lo contrario de *la Prude*, de Goethe; es el germen de un alma que ha



de perderse por la pasión, pero que mientras es germen tiene los dos encantos mayores: la pasión y la inocencia. Aquello, más que literatura, es música; el lector no sólo necesita saber leer entre líneas, sino en el pentagrama misterioso, hasta invisible para los de sentidos groseros, en que el ingenio del verdadero artista suele escribir lo más tierno, lo más suave y lo más profundo de su idea. Cuando en la composición literaria hay *bouquet*, como en la mayor parte de las *Aguas Fuertes*, el crítico que se precia de buen catador, en vez de andarse con razones, mete la *venencia* (como dicen en Jerez) en *la solera*, la saca, la alarga al lector, y le dice:—¡Pruebe usted!

Y tal como es difícil salir de la bodega-catedral de Gonzalez Wyas sin un poco de alegría en el cuerpo, cuando se termina la lectura de *Aguas Fuertes* se está un poco ébrio de luz, calor, armonía, sentimiento, y también de esa malicia bonachona, que en el fondo no es más que un perdón de todas las flaquezas, aderezado con la gracia de la experiencia horaciana. No sería muy fácil escoger entre estos artículos y cuentos los mejores. *Peor* no hay ninguno. Palacio es clásico en el sentido directo de la palabra. Podrá haber escrito algo mediano en lo mucho que ha publicado en los periódicos; pero no lo coleccionó en libro alguno, de fijarse.

Yo sé de escritores ilustres que prefieren á todo lo demás el libro *El pájaro en la nieve* y *El hombre de los patibulos*. A mí me gustan más, aunque esos me gustan mucho

*Los Puritanos*, *El Retiro*, *Lloviendo*, y en su género me parecen excelentes *La Biblioteca*, *El último bohemio* y aun otros artículos.

—¿De modo que, según usted, no hay nada malo en el último libro de Armando Palacio?

—Sí hay, sí, señor: por de pronto hay... poco; poco malo. Lo cual ya debe de ser un defecto para los envidiosos.

Y además hay en algunos de los cuentos descuidos de poca importancia en el lenguaje y observaciones de la naturaleza inexactas. Véase el tantas veces citado *Pájaro en la nieve*, donde hay algunas anfibologías de las verdaderas, ciertas copias inexactas de la realidad, y algunos vocablos usados en sentido impropio. Y la lástima mayor es que se encuentren estos lunares en pasajes preciosos por muchos conceptos.

Por otra parte (ya ven ustedes si soy imparcial) veo con pena que escritor tan original, tan incapaz de tomar nada de nadie, de imitar arcaísmos ni neologismos, eche mano á veces de giros y frases vulgares y prosaicas para llenar períodos ó para aclarar lo que ya está bien claro para el buen entendedor. Con ejemplos demostraría mejor el defecto á que me refiero; pero no hay tiempo para andar buscándolos. Por supuesto, si no se tratara de un artista de la palabra, como Palacio es sin duda, ya me guardaría yo de poner esto en el capítulo de las censuras. ¡Dios mío, si les fuese á quitar los lugares comunes, los giros prosaicos y huecos, la obra



*muerta* del lenguaje á muchos que pasan por oradores notables ó estilistas *castizos*! Si tal se hiciera, los oradores aludidos pasarían á la posteridad como *elocuentes mudos*, y los castizos escritores no tendrían un mal renglón de qué acusarse.

Pero Palacio no es de esos escritores *castizos*, sino artista verdadero. Según lo que suele llamarse aquí castizo, no parecino que venimos de casta de tontos; y cualquier escritor que se estime debe preferir ser hospiciario á que le tomen por descendiente de cien majaderos.

Es necesario huir como del diablo de tres clases de estilos.

- 1.º Del estilo de comedias al uso (prosa y verso).
- 2.º Del estilo de político que habla ó escribe.

Nada menos literario que el parlamentarismo, cuando no se es orador ó escritor *á pesar* del Parlamento.

Y 3.º Del estilo de académico en pergamino ó por intriga.

Es claro que Palacio no incurre jamás en el primero ni en el tercero de estos vicios; pero sin fijarse en ello tiene á veces giros y frases del segundo, que en él parecen muy mal, por el contraste con todo lo demás que escribe.

¿Que es muy difícil librarse del contagio?

¡Ya lo creo! pero ¿no ha de costar mucho trabajo el ser artista de veras y conseguir ser mirado como tal por las personas imparciales, incapaces de adular á nadie? ¿Por mí, v. gr.?



## Las «Humoradas» de Campoamor.

¿Qué es humorada? Según el Diccionario de la Academia, «dicho ó hecho festivo, caprichoso y extravagante.»

Y como extravagante significa, según el mismo Diccionario, «lo que se hace ó se dice fuera del orden común,» resulta que Campoamor se ha equivocado, ó se ha equivocado la Academia.

Porque cuando dice el poeta, por ejemplo:

Una sola mirada, si no es pura,  
en mujer á una niña transfigura,

no dice nada festivo, ni caprichoso, ni menos fuera del orden común, ó sea extravagante.

La gloria vale poco ante la historia;  
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

escribe Campoamor en otra *humorada*, y esto tampoco es festivo, sino más bien un resumen del Kempis en un pareado.

Por fortuna, aquí lo único *extravagante* es el Diccionario, y pueden muy bien las *humoradas* de Campo-



amor ser lectura muy agradable sin conformarse con la definición académica.

Pero, y según el mismo Campoamor, ¿que es *humorada*. «Un rasgo intencionado. ¿Y *dolora*? Una *humorada* convertida en drama. ¿Y *pequeño poema*? Una *dolora* amplificada.» Tampoco estoy conforme, dicho sea con el grandísimo respeto que me inspira todo lo que dice D. Ramón. Yo tengo en esta materia, sin jactancia, las definiciones más seguras. ¿Qué es *dolora*? El nombre que ha dado D. Ramón Campoamor á muchas de sus composiciones poéticas. ¿Y *pequeño poema*? El título que Campoamor ha puesto á varios poemas cortos que ha escrito desde la revolución acá. ¿Y *humoradas*? El rótulo del último libro del Sr. Campoamor.

Todo lo que sea separarse de lo que dejo definido, es exponerse á decir algo que tiene fácil refutación, porque de fijo tiene mucho de inexacto.

Y si no, á la prueba me remito. Concretémonos hoy á las *humoradas*. Supongamos que no se trata ya de los versos de este tomito que examino, sino de lo que por *humorada* se entiende en general. Pues bien; no se puede decir que siempre las *humoradas* sean «rasgos intencionados,» ni tampoco hay precisión y claridad en tales palabras. Hay *humoradas* que no son «rasgos intencionados,» y hay rasgos intencionados que no son *humoradas*, y hay rasgos intencionados de muchas clases; y para saber á qué se refiere Campoamor, necesitábamos que se explicase más.

Pero tenemos, además de esto, que tampoco las *humoradas* de Campoamor, los versos de este librito, se pueden clasificar dentro del concepto de *rasgos intencionados*, aunque queramos dar á éste una precisión de que carece. Hay *humoradas* de Campoamor que son *rasgos intencionados* efectivamente; pero hay otras muchas que no lo son, entiéndase la definición como se quiera; y por último, hay muchas *humoradas* en el librito... que ni siquiera son *humoradas*, en ninguna acepción de la palabra.

Lo que se puede asegurar es que no hay en todo el tomo una tontería, cosa extraña si se piensa que es una colección de pensamientos filosóficos, frases, conceptos y otras partículas literarias por el estilo; pero cosa natural tratándose de quien es uno de los hombres más listos de España.

El Sr. Campoamor podrá engañarse y engañarnos; decir tonterías, jamás.

Pero antes de continuar elogiando sus versos, voy á presentar los pruebas en que me fundo para contradecir su definición de las *humoradas*.

Ejemplos de *humoradas* que no son rasgos intencionados, ni podrían serlo:

Recibe, hermosa Gloria,  
este retrato mío.

Tú has dejado en mi vida una memoria  
más blanca que la estela de un navío.



Ni á esto se le puede llamar rasgo, ni mucho menos intencionado.

Se jura amar una existencia entera,  
y en un día no más se ama y se olvida;  
y ¿como remediarlo? Así es la vida,  
y jamás ha de ser de otra manera.

Tampoco esto es un rasgo intencionado.

Ni esto:

¿Es la esencia mejor de la belleza  
el olor sin olor de la limpieza!

Ni esto:

Canta el aire, en sus trovas misteriosas,  
las penas y alegrías de las cosas.

Ni esto:

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,  
permíte á mi amistad que te declare  
que, como el hijo de Sión decía,  
«de mí me olvide yo, si te olvidare.»

¿Para qué continuar? Más de la mitad de estas poesías fragmentarias no son rasgos intencionados, ni siquiera humoradas en el sentido corriente de la palabra. Y aun suponiendo que tenga el mismo sentido nuestra voz *humor* y el *humour* inglés, del que se ha sacado el *humorismo* literario, hipótesis tal vez aventurada, aun así las *humoradas* de este libro no lo son en gran parte, pues hay muchas que no son *humorísticas*.

Y, por último, la imposibilidad de meter en los moldes de un mismo género todas estas poesías es no-

toria si se considera que, como declara el mismo Campoamor, su causa, su asunto, su fin son diferentes; pues esto se escribió para el abanico de una señorita, aquello en un álbum, y lo de más allá es algo que sobró de una dolora ó de un poema; y unas veces nos da el autor, con esta variedad de motivos, un cantar, otras un epigrama, otras una frase ingeniosa, otras un fragmento de historia sentimental, otras un pensamiento de filósofo estoico, otras una máxima ascética, otras una idea de Epicuro, en ocasiones (aunque él lo niega) un rasgo de escepticismo burlón, y siempre algo bien pensado ó sentido y hermosamente expresado. No hay palabras para elogiar estas composiciones cortas y brillantes, pero tampoco las hay para bautizarlas con nombres que á todas convengan, si se pretende que la clasificación se tome en serio.

Mas dirá el lector: ¿y qué importa todo eso? Las poesías de este tomito, ¿son bellas? ¿Sí? Pues llámelas usted *hache*.—Eso mismo opino. Dificilmente podría yo ganar en buen lid una cátedra de literatura, por mi tendencia á llamarlo todo *hache* en punto á géneros. Permítame Campoamor este escepticismo inocente; no creo en la *dolora* y adoro las doloras; no creo en la *humorada* y saboreo con gran placer las humoradas. Bueno será que añada que tampoco creo en la *Epopéya*. Mi querido catedrático el malogrado Canalejas no admitía, y no era él solo, más que tres epopeyas: El *Ramayana*, la *Iliada* y la *Comedia* del Dante. ¿Tenía ra-



zón? Llamando epopeya á lo que él quería, acaso sí: pero otros retóricos llaman epopeya á otra cosa, y admiten más epopeyas... Llamándolas *hache* á todas, se evita la cuestión... y se puede discutir otra cosa. Yo, pues, no doy, por mi parte, importancia á lo del nombre; pero como Campoamor se la da, ó piensa dársela, por eso va lo escrito por delante.

Además, no es cosa probada que se hayan muerto ó estén empleados en Ultramar todos los imitadores de doloras y pequeños poemas; y es de temer que si ven las *humoradas* tomen en serio lo del género y comiencen á publicar aleluyas (1) ¡esas sí que serían aleluyas!) y á hacer frases como las de la *vida de don Perlimplín*, una de las cuales dice, si no me es infiel la memoria:

Nació en Cangas de Tineo,  
tan rollizo como feo,

que no parece sino que se trata de la historia de cierto conservador influyente. No, señores imitadores; no hay un género poético y *de propios*, que se llama la *humorada*, en el cual puedan ustedes echar á pacer la musa callejera; las *humoradas* son una finca cerrada sobre sí, inscrita en el registro de la propiedad literaria á nombre de su dueño, D. Ramón de Campoamor. Y nadie las mueve.

(1) Ya han comenzado. Ya andan por ahí *Humoradas* perfectamente falsificadas. No les falta más que un poco de ingenio.

## II

Pero dejando á un lado lo del nombre, vamos á la cosa. ¿Ha hecho bien Campoamor en reunir todas estas obrillas en un tomo, en vez de dejarlas esparcidas por álbums, abanicos y borradores? Es claro que ha hecho perfectamente. ¡Bien haya el editor que le pidió un libro cualquiera, algo nuevo, al ilustre poeta, y bien haya el poeta que coleccionó estos diamantes en tan elegante y coquetona piocha!

Una vez reunidos los fragmentos y poemillas sueltos que componen el libro, el autor pensó en montarlos al aire con el oro de las deliciosas teorías filosóficas y literarias que él sabe inventar en sus prólogos; como lo hacía también Victor Hugo, y como hacen otros muchos.

La mayor *humorada* de este libro de ellas es el prólogo.

Frases brillantes, discutibles unas veces, ingeniosas siempre, profundas las más; antítesis muy expresivas, síntesis demasiado atrevidas, todo esto hay, como siempre, en el dogmatismo de este prefacio, en que una vez más demuestra Campoamor que es uno de los hombres más artistas de España.

Yo, que suelo encontrar más serios de lo que parecen los argumentos de este humorista, esta vez confie-



so que predomina, en mi sentir, el paralogismo en la última lucubración del ilustre asturiano, y á pesar de esto la admiro y reputo joya literaria. Campoamor, como Renán, ama, aunque él lo niegue, mucho más el instrumento de las ideas que las ideas mismas. Tal vez este *dilettantismo* lo tenía el mismo Platón, y de seguro lo tenía Sócrates. Campoamor no es escéptico por cuanto cree en la realidad ontológica que garantiza la realidad de la razón; pero sí es escéptico por lo que respecta al pensamiento humano y al juego de sus ilusiones y sublimes esfuerzos. Lo que él quiere es pensar, manejar las ideas, mostrarlas en su belleza celestial; cuáles sean estas ideas le importa menos, no hace gran hincapié en ninguna, y todas las admite, un día ú otro, convencido de que son hijas nobles del mismo padre. Por eso, como Renán, debiera cultivar el diálogo, declararse imparcial testigo y dejar hablar á cada idea con el divino lenguaje que á todas sabe prestarles.

Así, además de exponer mejor y más libremente el caudal de sus pensamientos, nos evitaría á sus amigos jurados la molestia de defenderle de ciertos críticos *unilaterales*, que se empeñan en encontrar contradictorios los escritos siempre admirables de Campoamor.

Unos de estos críticos, que casi siempre son serios, y, preciso es confesarlo, de mollera algo córnea, puede taparle la boca al querido poeta (lo cual siempre será una profanación), taparle la boca, diciéndole: usted casi nos insulta porque le llamamos escéptico, y ase-

gura que confundimos el escepticismo con el humorismo. Bien; pues usted, Sr. Campoamor, dice en la página 61 de sus *Humoradas* (esta clase de críticos, D. Ramón, siempre citan las páginas):

La conciencia, al final de nuestra vida,  
no es más que un laberinto sin salida.

Y esto es un pensamiento de un escepticismo muy hondo y nada tiene de humorístico.

Hay más: en la pág. 77 (¿ve usted?) se lee:

¿Es sueño ó realidad lo que he vivido?  
No lo sé; pues yo que hablo, no estoy cierto  
si al juzgarme despierto estoy dormido,  
ó al creerme dormido, estoy despierto.

Y esto es también escepticismo de lo más puro.

«Y por fin, y para no ser pesado (harto sabe que lo es), allá va esto,» dice nuestro crítico hipotético:

Con tal que yo lo crea  
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

No cabe mayor ni más irremediable escepticismo. pues aquí ya penetra en la voluntad misma el mal.»

Ya ve el Sr. Campoamor que, en efecto, *los que mientan las cosas por un lado solo*, pueden taparle la boca. Por eso yo insisto en que, en vez de hablar por su cuenta, haga lo que Renán, escriba diálogos, y así puede decirse todo, sin decir nada por su propia cuenta.



## III

En lo que hace muy bien el poeta del *Lugar de Vega* es en dividir á los autores según tienen ó no *segundas intenciones*. ¡Lástima que olvide á los que no tienen siquiera la primera intención! Es evidente que existe la diferencia que estableció Bastiat, entre «lo que se ve, y lo que no se ve,» y que Campoamor puede aplicarla á la literatura; pero no estoy conforme con que el sistema de «lo que no se ve» sea nuevo, y el de «lo que se ve» el viejo. Entre los autores viejos los hay que hablaron tanto como los más perspicaces de ahora de «lo que no se ve,» y de segundas intenciones están llenos muchos escritores antiguos. Además, creo que una cosa es la poesía de las primeras y de las *segundas intenciones*, y otra cosa es la cuestión literaria de las líneas que tienen «delimitación empírica» y de los «horizontes que caen del otro lado de la vida material.» Este asunto de escuelas es el que ya estudió J. P. Richter, ese abuelo de Campoamor, con el nombre de clasicismo y romanticismo. Para Juan Pablo el *clair de lune* eran esos horizontes que caen al otro lado de la vida material. El romanticismo, entendido de esta manera delicada y profunda, es la poesía que Campoamor prefiere y á la que se refiere,

Y dentro de este romanticismo, pocas cosas tan románticas como el *Humorismo*.

Campoamor es esencialmente romántico y especialmente humorista; en esto tiene razón él. En rigor, el humorismo es no decidirse por ningún juicio, creyendo superior á toda determinación lo que llamó Amiel en su *Journal intime* la *determinabilidad*. El humorista de pura sangre prefiere á todo partido, á toda resolución, la conciencia vaga, en cierto modo, de la virtualidad, de la facultad en sí, ó por lo menos, si esto no es posible, de una representación sensible de esta facultad. Algunos estéticos han creído que esto era el más alto grado de genio artístico posible; según ellos, hay en el humorismo algo de la indiferencia ó, mejor, de la serenidad olímpica. Yo me permito no creer esto, por más que admiro de veras á los verdaderos humoristas. Campoamor explica el humorismo considerándolo ya en la forma de sus obras; y así acude á la mezcla de lo cómico y lo trágico, de lo grande y de lo pequeño, de la risa y el llanto, etc.; pero al fin llega á decir algo de lo esencial cuando escribe: «parece que domina los asuntos desde más altura y que se *hace superior á nuestras ambiciones y á nuestras finalidades*.» Esto es dar en la característica, como se dice ahora, del humorismo.

Sabe el poeta asturiano lo que es un humorista, y además lo es él..., pero no siempre. Hay versos suyos que son puramente escépticos, como diría bien el crítico supuesto de marras.



La división geográfica (ó etnográfica, diré mejor) que hace D. Ramón de los humorismos, no me parece exacta. Para él los verdaderos humoristas son Shakespeare y Cervantes; para mí, y perdón otra vez, tanto Cervantes como Shakespeare son algo más y mejor que humoristas. Tampoco me conformo con la inferioridad que señala al humorismo alemán, ni creo que éste sea siempre elegiaco. De todas suertes, Campoamor hace perfectamente en darle unos cuantos azotes á esa crítica inconsiderada que cruza á campotraviesa los dominios de la literatura, sin el freno de la correspondiente instrucción.

¡Esa es la madre del cordero, D. Ramón, esa, la *correspondiente* instrucción; pero aquí la crítica, en vez de la correspondiente instrucción, suele tener instrucción... de *La Correspondencia!*

El maestro se queja porque le llaman escéptico, en vez de humorista. Escriba una comedia con chistes de Almanaque, y ya hablarán de su *humorismo* los gacetilleros.

Por último, después de desahogar en brillantes teorías escritas con el cincel su mal humor el humorista desconocido, Campoamor, deja caer sobre el lector atónito una lluvia de estrellas... sí, de estrellas fugaces, pero que dejan un rastro de luz en la conciencia. Un ¡ay! que llega al alma; un historia de amor en un segundo, en un latir del corazón; una idea que estalla en dos versos y que permanece en el cerebro iluminán-

do como una luz eléctrica; una picardía piadosa; una lección brusca de la experiencia; una frase que parece de los *Vedas*; otra que *firmaría* Tomás Kempis; una galantería que semeja una serenata del *Don Juan*, de Mozart; una estrofa de Anacreonte de corbata blanca; todo esto y mucho más pasa ante los ojos del lector asombrado entre numerosos romances que separan la humorada de la humorada, y con ellas, lo profundo de lo ligero, la esperanza del desengaño, la alegría de la tristeza.

Tal vez un Champollion que diese con la clave, pudiera estudiar en estos jeroglíficos poéticos la historia del corazón, de las ideas y del arte de Campoamor.

Si las *humoradas* pudieran definirse de otro modo que el indicado arriba, cabría acaso decir, imitando el lenguaje de los sociólogos más ó menos pedantes del día, que la *humorada* es, «ya la célula de un poema, ya el *ditritus* de una ilusión.»